

una serie de atrincheramientos que se unían con la fortaleza de Kittsée, con la espaciosa isla del Schutt, con el río y con la plaza de Raab. Con unos cuantos miles de hombres que llevasen caballos ligeros de exploradores por la isla de Schutt y las orillas del Raab, defendiesen los atrincheramientos de Engerau, y se replegasen en caso necesario sobre el castillo de Kittsée mientras la plaza de Raab se defendiese por su lado, podía contenerse al enemigo el número de días necesario y retrasar su llegada al campo hasta el momento en que todo quedase decidido bajo los muros de la capital. Concer-tadas estas disposiciones con Napoleón, se ejecutaron definitivamente y nos dispensaron de seguir arruinando á Presburgo.

Entretanto el general Lauristón había emprendido con la cooperación del general Lassalle el sitio de Raab, dejando al ejército de Italia el cuidado de resguardarle, con lo que podía éste descansar de sus fatigas. Carecía de artillería de sitio, pero le mandó Napoleón algunas piezas de batir de Viena, con obuses y cañones de á doce. Afortunadamente la plaza, mal reparada, peor armada, y ocupada á lo sumo por dos mil hombres, no podía resistir mucho tiempo. Empeñáronse las obras inmediatamente después de la acción del 14. Habíase ya abierto la trinchera, construido batería de sitio y empezado el fuego de brecha, y á los pocos días de este ataque improvisado y bien conducido por los generales Lauristón y Lassalle, propuso la plaza capitulación. Como lo que más interesaba no era precisamente el modo de conquistar, sino hacerlo con rapidez, no hubo grandes dificultades en otorgar las condiciones propuestas por la guarnición: entramos en Raab el 22 de junio, sin haber causado daños de consideración en las fortificaciones, y sin gran pérdida de municiones ni de hombres.

Por orden terminante y minuciosa de Napoleón fué armada de nuevo la plaza de Raab, y puesta en mejor estado de defensa que antes. Metiéronse en ella municiones de guerra y boca, diósele una guarnición compuesta de toda la gente cansada y enferma del ejército de Italia; hicieronse en las obras reparaciones indispensables; por último, dióle Napoleón por comandante al ilustre conde de Narbona, ministro que había sido de la Guerra en tiempo de Luis XVI, y uno de los últimos representantes de la antigua nobleza de Francia, tan distinguido por su valor como por su talento y exquisita elegancia de costumbres. Acababa este personaje de reconciliarse con el emperador, el cual, antes de emplearle en los cargos más eminentes, quería hacerle ganar su vuelta al servicio activo desempeñando una comisión modesta, que sin embargo suponía entera confianza.

Hizo Napoleón llevar á Viena toda la artillería inútil en Presburgo y en Raab, replegar sobre los hospitales de Lombardía y del Austria superior los heridos de los ejércitos de Italia y Dalmacia, por no dejar al alcance del enemigo un solo hombre ni una sola pieza; y mandó al príncipe Eugenio y á los generales Macdonald, Broussier y Marmont, que se dispusiesen á marchar á la primera señal, sin conservar en las filas despeados ni enfermos, que tuviesen su artillería bien montada y provista, que hiciesen acopio de galleta para mantener á sus tropas una semana, se proporcionasen reses vivas en disposición de marchar con ellos, y en suma que lo

preparasen todo para poderse hallar sobre Viena en tres días todo lo más. El príncipe Eugenio, que estaba acantonado en Raab, podía atravesar en tres días la distancia que le separaba de Viena. Los generales Marmont, Broussier y Macdonald situaron sus fuerzas en escalones de modo que pudiesen verificar el tránsito en igual espacio de tiempo. El mariscal Davout por su parte no tenía que andar más que dos jornadas. Convino en que el príncipe Eugenio dejase al general Baraguey-d'Hilliers con una división italiana sobre Engerau, para defender los aproches de Presburgo mientras se dirigiese todo el ejército de Italia á Viena. No queriendo Napoleón consagrar á una mera vigilancia de puestos lejanos unas tropas como las de Montbrún y Lassalle, las escalonó de manera que pudiese allegárselas en cuarenta y ocho horas, y las substituyó en la línea del Raab con unos mil quinientos caballos procedentes de los regimientos de marcha recientemente llegados. El general Lassalle, que en todo el mes de junio no había cesado de recorrer la línea de Presburgo á Raab, y que conocía hasta sus más pequeños accidentes, recibió orden de colocar por sí mismo los destacamentos en los apostaderos antes de replegarse, y de dejar á sus comandantes las instrucciones que hubiesen menester para defenderse con ventaja.

Todo así dispuesto en aquella línea para poder substraerse rápidamente resguardándose con meras retaguardias, tomó Napoleón sus medidas en el Danubio superior para que por aquel lado se pudiese bajar sobre Viena con igual velocidad, y aumentar cuando fuese menester la masa de las tropas destinadas á dar la batalla. Habíase ya atraído el cuerpo del mariscal Davout, diseminado ahora desde Viena á Presburgo, el cuerpo sajón del príncipe Bernadotte y la división francesa de Dupás. Sólo dejó en el Danubio superior, para ocupar á Saint-Polten, Mautern, Molk, Amstetten, Ens y Lintz, los wurtembergueses y los bávaros, muy reducidos unos y otros de resultas de aquella campaña tan activa aunque tan breve. Los wurtembergueses, capitaneados por Vandamme, estaban repartidos entre Tulln, Mautern, Saint-Polten y Molk. Los bávaros, encargados de defender la Baviera, tenían la división del general Deroy en Munich, Rosenheim y Kufstein, y las dos divisiones del general Wrede y del príncipe real en Lintz. Aunque no eran excesivas estas fuerzas para custodiar la Baviera en las actuales circunstancias, lo eran para guardar solamente á Lintz, una vez que el archiduque Carlos, para concentrar por su parte todas sus tropas, había llevado al conde de Kollowrath á Viena dejando sólo seis ó siete mil hombres desparramados en el Danubio, entre Passau, Lintz, Krems, Tulln y Klosterneuburgo. Sospechando esta circunstancia por varios reconocimientos verificados al otro lado del Danubio por el general Vandamme, mandó Napoleón al mariscal Lefebvre que tuviese pronta á partir la rozagante división de Wrede con veinticuatro cañones. Las divisiones del general Deroy y del príncipe real y los wurtembergueses, bastaban, con las fuerzas que estaban en camino y con las que quedaban en Augsburgo, Passau y Ratisbona, para mantener por algunos días la seguridad á nuestras espaldas. En Ratisbona estaba la división de Rouyer, formada con los contingentes de los príncipes alemanes de segundo orden. Nada por lo visto había que temer

por aquel lado si se ganaba la última batalla; y si contra todas las probabilidades se perdía, las precauciones estaban bastante bien tomadas en Saint-Polten, Molk, Amstetten, Lintz y Passau, para que no se viesen comprometidos nuestros heridos y enfermos, y para que el ejército en su retirada tuviese doquiera víveres, municiones y buenos puntos de apoyo.

De este modo había invertido Napoleón el mes de junio en preparar la concentración de sus tropas sobre Viena. También, según dejamos dicho, se había dedicado á disponer el pasaje del Danubio, y á hacerlo tan seguro esta vez que no pudiera repetirse la desgracia ocurrida con sus puentes durante las jornadas de Essling.

Cúmplenos ahora exponer cuáles fueron las obras gigantescas que llevó á cabo para superar, y en cierto modo anular, la dificultad de atravesar una corriente espaciosa en presencia del enemigo, con masas que jamás capitán alguno, antiguo ni moderno, había movido hasta entonces. Ya hemos visto por qué razones decisivas tenía que pasar el Danubio á vista del archiduque Carlos para irle á presentar la batalla al otro lado del gran río. En efecto, permanecer en la orilla derecha dejando á los austriacos quietos en la orilla izquierda, era prolongar indefinidamente la guerra, perder todo prestigio, multiplicar las probabilidades de una contingencia desastrosa, y dar pábulo por último á la fermentación general de los ánimos en Europa, y aun en Francia. De pasar el río, era en Viena, según dejamos dicho, y no más arriba ni más abajo, donde debía verificarlo: porque hacerlo por más arriba, era retroceder á espaldas de Viena, renunciar á los infinitos recursos de esta capital, al efecto moral de su dominación y al punto principal de intersección de los caminos de Austria, Italia y Hungría; y hacerlo por más abajo era alargar inútilmente nuestra línea de operaciones, obligarnos á custodiar un punto más en el Danubio, y privarnos de un cuerpo de ejército necesario para el día de la acción. Era, pues, forzoso pasar por la misma Viena: una legua más ó menos nada significaba; pero era absolutamente preciso pasar á vista de la torre de San Esteban.

Hemos hablado también de las propiedades de la isla de Lobau, tan felizmente elegida por Napoleón para facilitar la ejecución de sus designios. Esa isla espaciosa, situada al otro lado del brazo grande del río, y separada de la orilla enemiga por otro brazo de mediano caudal, reducía la operación del paso á la mera empresa de cruzar un río ancho como el Sena en París, en vez de tener que pasar un río como el Rhin en Colonia. No dejaba de ser difícil la empresa, pero al menos era practicable; sin embargo, para salir con bien de ella había que hacer primeramente infalible el paso del brazo grande que conducía á la isla, convertir ésta en un espacioso campo atrincherado provisto de abundantes recursos; y disponerlo allí todo de antemano para poder atravesar sin exposición el brazo pequeño en presencia del enemigo. En esto empleó Napoleón los cuarenta días transcurridos desde el 23 de mayo al 2 de julio, con una actividad y una fecundidad de ingenio increíbles, y dignos del gran capitán que había transpuesto el monte de San Bernardo y hecho posible la travesía del paso de Calais.

El puente de barcas del brazo principal que servía para mantener la comunicación con la isla de Lobau,

fué restablecido á los pocos días de la batalla de Essling, como dejamos dicho atrás, y por su medio se condujo el ejército á la orilla derecha, excepto el cuerpo de Mas-sena que quedó en la isla para asegurarnos su posición. A pesar de que este puente había sido fortalecido hasta el punto de inspirar confianza, con nuevas barcas recogidas en las orillas por los marinos de la guardia y las excelentes amarras con que se habían fijado éstas, había vuelto á romperse otras dos ó tres veces con las crecidas del mes de junio, y ya Napoleón no podía ir á acampar al otro lado del Danubio con medios de comunicación tan inseguros. Resolvió por lo tanto incorporar la isla de Lobau al continente de la orilla derecha, de tal manera, que formase un todo con esta margen, destinada á ser nuestro punto de partida. Para conseguirlo sólo había un medio, que era construir un puente sobre sólidas estacas, y decidió hacerlo, por más laboriosa que fuese esta operación en un río como el Danubio, por más abajo de Viena. César había llevado á cabo una empresa semejante diez y ocho siglos antes en el Rhin; pero la de ahora era más difícil por causa de los medios de destrucción de que disponía el enemigo. Encargóse la obra á los ingenieros, así como el cuerpo de artillería construía todos los puentes de barcas. Había en Viena provisiones considerables de maderas, llevadas desde las cimas de los Alpes por los ríos tributarios del Danubio, y en prepararlas y transportarlas se ocuparon todos los soldados de ingenieros, todos los carpinteros desocupados que necesitaban trabajo para vivir y todos los caballos de la artillería disponibles de resultas de la suspensión de la campaña. La exportación del maderaje se verificaba por un pequeño brazo del río que comunicaba con el grande, y en seguida bajaba hasta Ebersdorf, donde era recogido para la obra inmensa que acababa de emprenderse. Había en Viena, donde son muy frecuentes las obras hidráulicas, gran cantidad de mazas para clavar las estacas; todas fueron llevadas á Ebersdorf, y no pasaron unos veinte días sin que se vieran asomar, á más altura que las mayores crecidas, sesenta machones de madera, descansando en ellos un espacioso piso de tabloncillos por donde podía pasar cualquier fuerza de artillería y caballería. Conservóse veinte toesas más abajo de este puente fijo el antiguo puente de barcas, ya más consolidado, para que sirviese para la infantería, de modo que pudiese verificarse el desfile de las diversas armas simultáneamente y que fuese todavía más rápida la comunicación con la isla de Lobau. Nos habíamos proporcionado gran número de barcas, habíamos hallado en Raab poderosas áncoras, y merced á estos nuevos elementos, las amarras, ya enteramente seguras, nos tranquilizaban en cuanto á la repetición de los percances que á fines de mayo habían puesto en tan grave peligro á nuestro ejército.

Aunque una de estas dos obras protegía á la otra, puesto que el puente de estacas situado agua arriba defendía al puente de barcas, sin embargo Napoleón quiso ponerlos enteramente á cubierto del choque de los cuerpos flotantes que arrojaba al agua el enemigo, y para esto empleó toda clase de medios. Fué el primero sacar del arsenal de Viena una gigantesca cadena que habían empleado los turcos en el sitio de 1683, y que se conservaba allí como un trofeo. Hoy que son tan comunes

en nuestros buques esas enormes cadenas, sorprendían tal vez muy poco las dimensiones de la que los turcos dejaron en Viena; pero en aquella época se consideraba como uno de los trabajos más portentosos en su género. Resolvióse, pues, tenderla de una á otra orilla sobre el brazo grande para que detuviese los cuerpos lanzados contra nuestros puentes; más hubo de renunciarse á esta idea por falta de máquinas para ponerla tirante á una misma altura en todo el nivel del río. Ideó entonces Napoleón construir una espaciosa estacada que formase un zampeado profundo, que, en vez de cortar perpendicularmente la corriente, la cortase en dirección oblicua, para que ofreciese menos resistencia á la fuerza del agua; y esta obra, no menos extraordinaria que el puente de estacas, se concluyó en el mismo brevísimo plazo; pero después de acabada pareció poco eficaz, porque sucedió varias veces que la línea de estacas cedió al ímpetu de las barcas cargadas de materiales arrebatadas por la corriente de las manos de los obreros. Entonces Napoleón imaginó otro remedio, cual fué el de establecer en vigilancia continua el suficiente número de marinos de la guardia, los cuales, circulando sin cesar en barcas más arriba de la estacada, sujetasen con arpones las barcas sueltas y las remolcasen á la orilla. De esta manera, si la estacada no era bastante á resistir su choque, los marinos acudían á fuerza de remo á detenerlas y á desviarlas de su dirección. Con este conjunto de precauciones adquirieron una seguridad infalible las comunicaciones establecidas entre la orilla derecha y la isla de Lobau.

Pero no se contentaba Napoleón con haber defendido sus puentes de todo peligro en cuanto al río; porque en efecto, una sorpresa del enemigo, una invasión súbita en la isla de Lobau, y aun quizás una retirada en desorden después de una batalla perdida, podían exponerlos á una destrucción imprevista é inevitable; así que determinó protegerlos por medio de una espaciosa cabeza de puente, construída en la isla de Lobau, de modo que si llegáramos á perder la isla, pudiéramos con unos cuantos batallones defenderlos, conservando el ejército la facultad de retirarse con seguridad á la opuesta orilla.

Esta serie de obras ligaba de una manera indisoluble á la isla de Lobau no sólo con la orilla derecha, sino también con la pequeña ciudad de Ebersdorf, que había venido á ser nuestra base de operaciones. Había que atender además á las obras que iban á ejecutarse dentro de la misma isla para hacer de ella un campamento atrincherado, espacioso, seguro, cómodo, salubre y provisto de cuanto fuese necesario, para sostenerse algunos días. Satisfizo Napoleón esta necesidad con su acostumbrada previsión.

Había en la isla de Lobau terrenos bajos y pantanosos ocasionados á inundaciones. También había pequeños canales, enjutos cuando bajaban las aguas, y que se convertían en verdaderos ríos con las avenidas, como había sucedido en los días 21, 22 y 23 de mayo. Hizo Napoleón construir calzadas en los puntos bajos de la isla para que pudieran pasar las tropas en todo tiempo; hizo echar varios puentes de caballete en todos los canales enjutos, para asegurar y multiplicar las comunicaciones cualquiera que fuese la altura á que llegaran las aguas; y queriendo que la isla se convirtiese en un gran

depósito que pudiera en todo evento bastarse á sí mismo, mandó construir en ella un almacén de pólvora para una considerable cantidad de municiones sacadas de los arsenales de Viena. Hizo allí también construir hornos, transportar harinas de Hungría, y apriscar muchos miles de reses mayores que de aquella misma tierra había hecho llevar allí vivas; por último hizo allí acopiar vinos, tan abundantes y tales como el ejército francés no los había bebido nunca, excepto en España, dando el abasto de este precioso artículo la aristocracia austriaca y los conventos de Viena, que poseían las más ricas bodegas de Europa. Iban, pues, á tener las tropas en aquel vasto campamento atrincherado, pan, carnes, y líquidos en abundancia. Queriendo últimamente Napoleón que la isla de Lobau pudiese atravesarse tan fácilmente de noche como de día, hizo alumbrar los caminos con faroles colgados de vigas, exactamente lo mismo que hubiera hecho para alumbrar una gran ciudad.

Faltaba disponer la última operación, y la más dificultosa, que era la del paso del brazo chico, que debía verificarse á viva fuerza en presencia de un enemigo numeroso, vigilante y siempre apercebido por nuestra presencia en la isla de Lobau. Por muchas ventajas que ofreciese el paraje que anteriormente se había elegido para verificar el paso, por cuanto formaba un saliente que permitía inundar de fuegos el punto de desembarco, no era de presumir que pudiese servir en lo sucesivo, porque el enemigo debía haber tomado todas sus precauciones para impedirlo. En efecto, recordando los austriacos lo que les había sucedido un mes antes, habían, por decirlo así, tapado aquella salida alzando entre Essling y Aspern una línea de atrincheramientos erizados de cañones. Había por último otra razón que obligaba á renunciar á aquel desembocadero, que era la falta de espacio para desplegar un ejército considerable. Estaba el enemigo tan sobre aviso de que la acometida de la orilla izquierda se verificaría por la isla de Lobau, que lo regular, y lo que debía esperarse, era encontrarle formado en batalla al desembarcar, mientras que la otra vez había habido tiempo para desfilarse por el puente del brazo chico, para atravesar el bosque, y para poner en línea los cuerpos uno tras otro sin obstáculo alguno para el despliegue. No podía ya esperarse que sucediese ahora lo mismo, sino que había que disponerse á desembocar casi en masa, para pelear en el momento mismo de tocar en la orilla izquierda.

Por estas varias razones ya no convenía el primer punto de pasaje, y trató Napoleón de buscar otro, apartando perseverar en la preferencia dada á aquél. El brazo chico de sesenta toesas que faltaba atravesar, después de llegar al límite de la isla, torcía de repente para dirigirse perpendicularmente al brazo grande. Describía de este modo sobre el costado derecho de la isla de Lobau una línea recta de dos mil toesas de longitud. Si para atravesarle se escogía uno de los puntos de esta línea, se bajaba á un terreno llano muy cómodo para el despliegue de un ejército numeroso. Por este llano, en efecto, resolvió desembocar Napoleón. Verdad es que por allí no había amparo en accidente alguno del terreno; pero pasando en una sola masa, este mismo orden serviría de protección, y por otra parte no era imposible suplir lo desamparado del terreno con artillería acertadamente dispuesta.

En la orilla izquierda, en el punto mismo en que el brazo chico torcía repentinamente para unirse al brazo grande, estaba situada la ciudad poco considerable de Enzersdorf, protegida con obras de defensa y artillería, como Essling y Aspern; un poco más abajo dilatábanse á larga distancia la llanura descampada que acabamos de mencionar y espesos bosques que cubrían el suelo hasta la confluencia de los dos brazos del río. Entre estos bosques y la ciudad de Enzersdorf resolvió Napoleón verificar el pasaje.

Hizo en primer lugar todo lo posible por persuadir al enemigo de que iba á pasar por el antiguo paraje, y con esta mira multiplicó allí las obras, juzgando por otro lado útil tener puentes en todas partes así á la izquierda como á la derecha, porque cuantos más medios de comunicación tuviese, más probabilidades tendría también de pasar el río y desplegarse rápidamente después de atravesado. Pero las obras de más importancia se acumularon hacia la derecha de la isla, en toda la línea que se extiende desde Enzersdorf á la confluencia del brazo chico con el grande, y por ellas quedaron unidas á la isla de Lobau con puentes fijos y erizados de baterías de grueso calibre varias otras islas que en el brazo chico están como sembradas, y á las cuales aplicó nuestro ejército los nombres de *isla Massena*, *isla de los Molinos*, *isla España*, *isla Pouzet*, *isla Lannes*, *isla Alejandro*. Estas baterías armadas con ciento nueve bocas de fuego entre piezas de á veinticuatro, obuses y morteros, estaban destinadas á inundar de proyectiles arrojados á gran distancia todos los puntos por donde asomase el enemigo. Las de las islas *Massena*, de los *Molinos* y *España* debían hacer llover sus fuegos sobre Aspern, Essling y las obras levantadas en aquel lado; las de la isla *Pouzet* debían reducir á cenizas en el término de dos horas la malhadada ciudad de Enzersdorf; por último las de la isla *Alejandro* debían batir la llanura escogida para verificar el despliegue, vomitando sobre ella tanta metralla que no pudiera permanecer allí fuerza alguna enemiga. Como había tiempo suficiente, fueron establecidas con infinito esmero, provistas de espaldones de tierra, de plataformas y de pequeños almacenes de pólvora. Las piezas de grueso calibre, que ningún ejército suele jamás llevar consigo, se sacaron del arsenal de Viena; las cureñas se hicieron construir por los obreros del mismo arsenal.

Además de estos recursos de artillería imaginados para proteger el pasaje, utilizó Napoleón varias combinaciones hasta entonces desconocidas para hacerle rápido, simultáneo y tremendo. Quería que una fuerza de muchos miles de hombres disparada al otro lado del brazo chico, pudiese en pocos minutos caer sobre las avanzadas austriacas, sorprenderlas y tomar sus posiciones; que otros cincuenta mil hombres se desplegasen en dos horas en la orilla enemiga para dar en ella la primera batalla; quería por último que ciento cincuenta mil soldados, cuarenta mil caballos y seiscientos bocas de fuego pasasen el río en cuatro ó cinco horas para decidir de los destinos de la monarquía austriaca. Jamás se habían visto proyectar ni realizar en tan inmensa escala operaciones semejantes.

Siempre que se trata de pasar un río, se empieza transportando en barcas súbitamente unos cuantos soldados resueltos. Éstos, bien elegidos y bien mandados,

corren á desarmar ó á matar á los de las avanzadas enemigas y en seguida fijan las amarras que sujetan las barcas con que ha de formarse el puente. Finalmente pasa por el puente el ejército principal con toda la velocidad posible, porque un puente es un desfiladero largo y angosto que no pueden atravesar las masas de infantería, caballería y artillería, sin adelgazarse mucho.

La primera de estas operaciones era la más difícil ante un enemigo tan numeroso y tan prevenido como el austriaco. Para facilitarla mandó Napoleón construir grandes pontones flotantes con capacidad para trescientos hombres cada uno, los cuales debían ser llevados á fuerza de remo á la opuesta orilla, y tenían, para que dicha fuerza estuviese al abrigo de la fusilería, un mantelete móvil que servía también, bajándolo, para saltar en tierra. Diéronse á cada cuerpo de ejército cinco de esos pontones, de modo que pudiese trasladarse simultáneamente y de improviso á cada punto del pasaje una vanguardia de mil quinientos hombres; y era en verdad poco probable que, no sabiendo el enemigo con firmeza en qué punto iba á ejecutarse la operación, pudiese oponernos avanzadas tan considerables. Hecho esto, empezaban acto continuo las idas y venidas y el transporte sucesivo de las tropas, por medio de un cable atado á un árbol y por el cual corren las barcas enfiladas. Inmediatamente después debían empezar á establecerse los puentes. Preparadas todas las barcas, dispuestos todos los aparejos, elegidos los puntos é instruída la gente de lo que había de hacer, era de esperar que bastasen dos horas solamente para echar un puente de sesenta toesas, operación que en otros tiempos exigía doce ó quince horas estando todo á punto, y veinticuatro ó cuarenta y ocho no estándolo.

Decidió Napoleón que echasen sobre el brazo chico cuatro puentes por lo menos, dos de barcas, uno de pontones y otro de balsas (éste para la caballería y artillería), de modo que pudiesen desembocar á un tiempo tres cuerpos de ejército como los de Massena, Oudinot y Davout, con lo cual, transportados muchos miles de hombres en barcas en unos cuantos minutos, podían anonadar al enemigo en sus avanzadas. Cincuenta ó sesenta mil hombres que desembocasen en dos horas al amparo de formidables baterías, podían hacer cara á todas las fuerzas que el enemigo tuviese tiempo de reunir así que supiera por dónde se verificaba el paso. Finalmente, en cuatro ó cinco horas podía pasar todo el ejército, en disposición de dar la batalla, y con medios tan seguros para una retirada como si no tuviese á sus espaldas un caudaloso río. Hasta era probable que la operación se terminase antes que el enemigo pudiera impedirlo, porque forzosamente habían de causarles extremada confusión la noche, el fuego de nuestras poderosas baterías y la simultaneidad de los pasos.

Pero aún no era bastante á los ojos de Napoleón haber reducido á dos horas de trabajo la construcción de un puente de sesenta toesas, que en circunstancias ordinarias no se podía terminar en doce, veinticuatro ó cuarenta y ocho horas; quería además que pudiese una columna de infantería desembocar al mismo tiempo y con la misma rapidez que las vanguardias transportadas en los pontones flotantes. Inventó para lograrlo un puente de especie enteramente nueva, cuya ejecución

confió al capitán Dessales, oficial muy entendido. Por lo común para establecer un puente se procede amarrando varias barcas una junto á otra; pero Napoleón ideó establecer uno de una sola pieza, compuesto de barcas ensambladas de antemano con fuertes viguetas, que se llevase por la orilla al punto donde se le quisiese establecer, se sujetase á ella por una extremidad y se abandonase luego á la corriente, la cual por sí misma le llevaría á la orilla opuesta, donde fueran á fijarle pasando por él á la carrera. Conseguido esto, no había más que echar unas cuantas anclas para que le sirviesen de puntos de apoyo en su longitud. Se calculó, y lo confirmó la experiencia, que para esta prodigiosa operación bastaban pocos minutos.

El único inconveniente de estos puentes construídos de antemano era que por el paraje donde se disponían venía en conocimiento el enemigo del punto donde se quería echarlos; pero este inconveniente se evitó de este modo. La isla de Lobau estaba ya cubierta de astilleros como cualquiera de los grandes puertos de Francia, y estos astilleros estaban á la orilla de varios aguazales que comunicaban con el brazo chico por medio de canales interiores. En ellos se construían las numerosas barcas, los pontones y las balsas con que habían de establecerse los puentes no destinados á puntos determinados. Había detrás de la isla *Alejandro*, al lado derecho de la grande isla de Lobau y más abajo de Enzersdorf, delante de la llanura por donde se proyectaba desembarcar, un canal interior, ancho, largo, bastante profundo, donde debía darse á las obras la última mano; y en él se estableció el puente de una pieza, con proyecto de sacarle en el momento crítico para introducirle en el brazo chico. Mas como el canal presentaba un recodo hacia su extremidad, llevó Napoleón la previsión hasta el punto de hacer adaptar al puente de una pieza diversas articulaciones para que pudiera plegarse y extenderse siguiendo las inflexiones del canal en que se había construído.

Conociendo que durante la operación había de haber gran necesidad de comunicaciones rápidas entre las dos orillas, quiso Napoleón reparar hasta con exceso la imprudencia con que había procedido en su primer pasaje é hizo acopiar en los canales interiores maderas, almadías, pontones enteramente dispuestos, para echar en caso necesario cuatro ó cinco puentes más y acelerar de este modo todo lo posible el despliegue de su ejército, haciendo en caso de descalabro la retirada tan fácil como en un campo de batalla ordinario.

Además de los marinos de la guardia había llevado de Francia constructores. Otros se había proporcionado en las mismas orillas del Danubio, que bajo la dirección de los ingenieros franceses coadyuvaban á la construcción de aquella escuadrilla de nuevo género. De este modo millares de obreros de todos los países trabajaron con increíble actividad en la isla, en la cual reinaba la misma animación que en los arsenales de Amberes, Brest y Tolón. Afluían de todas partes curvas procedentes de los Alpes ó halladas en Viena, enormes soleras é innumerables tablonos transportados por el ganado de la artillería, y por el Danubio eran llevados hasta Ebersdorf: de allí pasaban á los canales interiores de la isla de Lobau, donde bajo el hacha de los carpinteros tomaban la forma conveniente á su uso. Los ma-

rinós de la guardia cruzaban sin cesar por aquellas aguas en chalupas armadas de obuses, vigilando aquellas inmensas obras, registrando las islas y las ocultas revueltas del río, y adquiriendo de este modo el necesario conocimiento de los lugares para el día de la grande operación. Había recobrado Napoleón una preciosa reliquia del ejército del general Dupont, que era el valiente capitán Baste, comandante de los marinos de la guardia en la campaña de Andalucía, tan excelente oficial de infantería como entendido oficial de mar y único á quien había perdonado Napoleón la catástrofe de Bailén, puesto que le ascendió en graduación después de ella, al paso que perseguía sin piedad á sus compañeros de infortunio. El capitán Baste, ya coronel, mandaba todavía los marinos de la guardia y estaba destinado á hallarse siempre en todos los peligros.

Napoleón iba allí á caballo casi todos los días desde Schoenbrunn, atravesaba á galope la distancia que le separaba de Ebersdorf, vigilaba, dirigía y perfeccionaba por sí mismo los trabajos que había mandado hacer y cada vez concebía una idea ó una combinación nueva para llegar al más seguro logro de sus miras.

Los vieneses, que veían, y aun á menudo contribuían á realizar aquella prodigiosa empresa, devoraban secretamente su cólera, y á no ser por el poderoso ejército que los contenía se habrían al fin rebelado; porque si bien eran pacíficos, también eran patriotas y estaban animados de los sentimientos propios de todo pueblo grande. Pero Napoleón adoptó toda clase de medidas para tenerlos á raya: hizo observar en su ejército la más rigurosa disciplina, sin permitir un solo acto, un solo dicho ofensivo, y castigando toda infracción sin demora. Faltaban los víveres, y sacó de Hungría inmensas cantidades de granos y numerosos convoyes de ganados, de manera que se vivía en Viena sin gran carestía. Accedió á que se echase mano de los ciudadanos para la conservación del orden, por cuanto nuestras tropas, por no hablar la lengua del país y por su condición de extrañas y enemigas, eran menos á propósito que una milicia nacional para hacerse obedecer en las asonadas; pero se limitó á seis mil los vecinos destinados á este uso, y no les dió más que mil quinientos fusiles, número igual al de los que diariamente montaban la guardia. Ejercía además Napoleón una severa vigilancia sobre los habitantes: sabedor de que vivían ocultos dentro de la ciudad disfrazados con el traje civil muchos soldados de la antigua guarnición, dispuestos á tomar parte en el primer levantamiento popular, dictó algunos actos de rigor, limitándose sin embargo á lo puramente indispensable. Por lo que hace á la gente del menudo pueblo que carecía de trabajo, se lo proporcionaba con moderados estipendios, y no siempre para beneficio del ejército, sino muy á menudo para la utilidad y el ornato público de Viena, no fuera que les pareciese demasiado amargo el pan que les daba.

Tal fué el aspecto que presentaron la isla de Lobau y la ciudad de Viena durante el mes de junio. Dispuesto ya todo para el 1.º de julio, y llegados ó próximos á llegar los cuerpos del ejército de que podía disponerse, dió Napoleón sus órdenes para que las tropas empezasen á reunirse en la isla de Lobau desde el 3 de julio, estuviesen allí el 4, pasasen el brazo chico en la noche del 4 al 5, y peleasen el día 5 si al desembarcar tropeza-

ban con el enemigo, ó el 6 si éste no se presentaba inmediatamente.

El 1.º de julio dejó á Schoenbrunn y fué á establecer su cuartel general á la isla de Lobau, descubriendo con esto lo que ya nadie podía ignorar, es decir, que la isla sería su punto de partida, pero sin dejar sospechar á nadie cuál sería el punto por donde verificaría el paso. Hallándose ya allí el cuerpo del mariscal Massena, hizo Napoleón que fuesen llegando sucesivamente el cuerpo del general Oudinot, la guardia, el cuerpo del mariscal Davout, la caballería ligera, la pesada, y por último la inmensa artillería de campaña que tenía preparada. La caballería y la artillería pasaban el brazo grande por el puente de estacas, y la infantería por el de barcas. El general Mathieu Dumás tenía encargo de vigilar personalmente el desfile para evitar la confusión. Cada cuerpo de ejército tenía señalada su colocación por medio de un gran poste. Según las órdenes que se habían expedido, el ejército de Italia debía llegar en la madrugada del 4, y el ejército de Dalmacia con los bávaros el 5 á más tardar. Los sajones, que estaban en Viena hacía unos cuantos días, y la división francesa de Dupás, pasaron á la isla de Lobau con las primeras tropas. Estaban los diversos cuerpos bien descansados, bien mantenidos, y animados de las mejores disposiciones. Parte de las pérdidas sufridas, ya que no todas, habían podido repararse con unos cuantos batallones y escuadrones de marcha, que habían llegado en el mes de junio, y con gente de los hospitales ya dada de alta. La guardia era excelente y completa en todas las armas, principalmente en artillería. Agregando las tropas de Massena, de Oudinot, de Davout, de Bernadotte, del príncipe Eugenio, de Macdonald, de Marmont, del bávaro Wrede y de la guardia, podía suponerse una fuerza total de ciento cincuenta mil hombres, entre ellos veintisiete mil jinetes y doce mil artilleros, empleados en quinientas cincuenta bocas de fuego: fuerza enorme que Napoleón no había aún reunido en un solo campo de batalla, y que, si bien se consultan las historias, no había jamás figurado en ninguno (1).

Además de una fuerza tan considerable, asistían á Napoleón el invencible Massena, que, aunque magullado de resultados de una caída de caballo, era en los días críticos superior á todos los dolores físicos; el obstinado Davout, el ardiente Oudinot, el intrépido Macdonald, y otros muchos, todos prontos á comprar con su propia sangre el triunfo de nuestras armas. Sólo faltaba el heroico Lannes, que había muerto de resultados de la tremenda herida en Ebersdorf, en los brazos de Napoleón, llorado por todo el ejército. Vedábale el destino presenciar una victoria á la cual tan poderosamente había él contribuído con su conducta en aquella campaña; pero eximíale en cambio de ver los espantosos desastres que más adelante cayeron sobre nosotros. Murió feliz, porque murió en el período de nuestros últimos triunfos.

Hallándose Napoleón en la isla de Lobau fué aco-

(1) Los historiadores antiguos y los de la Edad Media hacen mención en algunas ocasiones de fuerzas mucho más considerables; pero hay muchas razones, ajenas de este lugar, para probar que sus asertos son sumamente exagerados. Creo, pues, que es exacto decir que no se habían visto reunidos jamás en un solo campo de batalla tantos hombres armados con tan poderosos elementos de destrucción. (N. del A.)

metido de una repentina inquietud, porque temió por varios indicios que se le hubiese evadido el archiduque Carlos bajando el Danubio hasta Presburgo. Ciertamente el archiduque pudo haber recurrido á esta maniobra, y la misma zozobra de su adversario prueba que hubiera hecho muy bien en adoptarla. Al dejar la posición que ocupaba enfrente de Viena, en las alturas de Wagram, habría, no hay duda, entregado sin combate el paso del Danubio; pero con los medios imaginados por Napoleón había muy poca probabilidad de poder estorbarlo, é internándose en Hungría obligaba á los franceses á debilitarse en el mero hecho de tener que alargar su línea de operaciones, y á dejar un cuerpo de custodia en Viena, mientras los austriacos se reforzaban con el archiduque Juan y los sublevados húngaros. Pudiera, pues, haber concebido ese plan sin incurrir en falta, y había algún fundamento para atribuírsele. Para salir de dudas hizo Napoleón una tentativa atrevida, con la cual se propuso descubrir los proyectos del generalísimo austriaco, y engañar al mismo tiempo á éste sobre el verdadero punto por donde iba á verificar el paso.

Habiase situado á la división de Legrand, del cuerpo de Massena, cerca del saliente que había servido para efectuar el paso la primera vez, y un valiente y entendido capitán de pontoneros, llamado Baillot, tenía encargo de echar en aquel punto un puente de barcas. Al anochecer repartióse la artillería á derecha é izquierda del saliente; los cazadores de la división Legrand se embarcaron en esquifes capitaneados por Sainte-Croix, el edecán de Massena, atravesaron el brazo chico y se apoderaron del desembocadero á pesar de las avanzadas austriacas, á las cuales arrollaron. En menos de dos horas consiguió el capitán Baillot, operando con materiales dispuestos con anticipación, en un terreno perfectamente estudiado, establecer el puente de barcas por el cual pasando aceleradamente la división de Legrand y atravesando después el brazo chico que al otro lado se extiende, fué á salir por entre Essling y Aspern. Después de haber hecho varios prisioneros y muerto alguna gente, provocó la división saliendo al descubierto un impetuoso cañoneo de parte de los reductos enemigos, y al amanecer divisó las fuerzas desplegadas que no dejaban duda alguna acerca de la presencia del principal ejército austriaco por aquel lado. Ya no tenía que temer Napoleón que el enemigo hubiese desaparecido; al contrario, estaba seguro de tenerle delante, y de poder acabar en breve la guerra en la espaciosa llanura del Marchfeld.

El archiduque Carlos, en efecto, estaba enfrente de él en las alturas de Wagram, fluctuando entre mil diversos proyectos, sin saber por cuál decidirse, y como de costumbre sin fijarse en ninguno. Había empleado los primeros días después de la batalla de Essling en recibir felicitaciones y plácemes por su victoria, y en prestarse á ridículas exageraciones, que podían no obstante encubrir el propósito formal de obrar en los ánimos favorablemente. Pero nada había hecho para alcanzar después de un triunfo dudoso, otro que fuera incontestable. No era en verdad de no haber invadido la isla de Lobau, como ya antes hemos dicho, de lo que podía acusársele; tampoco de no haber intentado por más arriba ó más abajo de Viena un paso, que si bien podía acarrear la salvación del Austria, también podía ocasionar su total ruina; pero sin imponer al generalísimo